

Biografía de nuestras memorias traumáticas

MARIANA WIKINSKI*

Acerca de *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* de Leonor Arfuch, Eduvim, Córdoba, 2018, 195 páginas.



Dar cuenta del presente supone el desafío de encontrar la modulación exacta entre una emocionalidad desbordada y declamatoria y una distancia desafectada. En ese esfuerzo de modulación se juega una ética de la mirada y de la palabra, que si logra ser sensible y lúcida a la vez, captura en la textualidad del presente las huellas de la historia, de los traumas vividos, de lo elaborado y lo inelaborable. Este es precisamente el lugar desde el cual escribe Leonor Arfuch esta “biografía” de nuestro tiempo.

Los textos que componen este libro se escribieron en diferentes momentos, desde el año 2015 hasta hoy,

pero contienen una unidad de sentido, se iluminan mutuamente y ofrecen en su conjunto, quizás, una lectura posible acerca de un presente doloroso que sacude los cimientos sobre los que creíamos ya definitivamente fundada la perdurabilidad de la memoria. Se trata de una escritura poética, abierta, fluida, que no contiene afirmaciones definitivas, que no juzga, que formula preguntas (sin que sea indispensable la tipografía de un signo de interrogación), construye imágenes, dialoga con el lector. Seguramente, allí radica el núcleo de la coherencia de este texto: nos ofrece herramientas para comprender su estructura. Analiza las narrativas de la memoria y es en sí mismo una narrativa de la memoria; examina la biografía como género y es en sí mismo, y de algún modo, una biografía; destaca el valor de la multiplicidad de voces en la búsqueda de sentidos y las convoca constantemente; se inspira de un modo explícito en la obra de Bajtin y desde los inicios contiene una estructura dialógica, intersubjetiva, invita al lector a *crear* aquello que lee, a suscribir ese “contrato de lectura” del que nos habla la autora, y que pareciera insinuarse como el único modo posible para abordar sus textos.

El concepto de “espacio biográfico”, definido por Arfuch en los años noventa, atraviesa estas páginas, pero no se trata estrictamente del uso de un “concepto”: esta idea promueve en la autora una escritura en primera persona, afectada por el presente, fundamentalmente ética y política. Y si –como ella misma expone citando a Paul De Man– toda escritura es autobiográfica, su propia obra es sin duda, a esta altura, una autobiografía.

En este libro, la autora nos invita a mirar con ella, desde la afectividad –que no reduce en absoluto el valor académico del libro–, aquello de lo que fue testigo. Abre de este modo su propia mirada sobre la obra *Sueño Velado* de la artista Nury González, que la dejó “literalmente absorta en el umbral mismo de la sala”, nos habla de su “mirada fascinada” frente a la muestra *Alzheimer* de la misma artista, del sentimiento de comunidad entre mujeres ante el “destello inclemente de

* Psicoanalista. Miembro del Área de Salud Mental del Centro de Estudios Legales y Sociales y del Colegio de Psicoanalistas. Autora del libro *Testimonio y experiencia traumática* (2016).

la pantalla” en el caso de los videos de Tracey Emin. Es, precisamente, la marca de su subjetividad afectada lo que constituye el valor político de esa mirada, una mirada que interpela siempre en la expresión “individual” del artista aquello que lo trasciende y hace trascendente su obra, aquello que la obra devela sobre el dolor colectivo.

La primera parte del libro, “Inflexiones de la crítica”, ofrece, de alguna manera, un marco a lo que vendrá después. La autora vuelve sobre sus reflexiones en torno del espacio biográfico, las identidades y aquello que ya en los noventa su obra anticipaba como “giro afectivo”, y sitúa el lugar que desde su perspectiva ocupa “lo emocional” en tanto resulta inseparable de lo cognitivo. Es precisamente desde ese enlace indisoluble entre discurso y afecto desde donde surge la escritura de Arfuch. Muchos autores se dan cita en el preludio de este libro (Riley, Benveniste, Dosse, Leys, Berlant, Rousseau, Aubrey, Schwob, Strachey, Barthes, Lejeune, de Man, de Certeau, Perec, Ricoeur, Austin, entre otros) y se configura de este modo lo que la autora denomina –parafraseando a Holroyd– una “conversación grupal”, la “cartografía personal de afinidades y cercanías” que elige la autora para iluminar su recorrido.

Pero es centralmente una narrativa sobre la memoria la que atraviesa la totalidad de este libro, cuya urdimbre evoca continuamente a Benjamin y a Proust. No solo porque en algunos momentos son mencionados (resulta entrañable la evocación que *Albertina* [Carri] despierta en la autora, con su *tiempo recobrado*), sino también, básicamente, porque la memoria jamás es concebida por Arfuch como una “función”, sino como el devenir inesperado del recuerdo y del olvido, como un tejido que captura destellos aleatorios, un proceso en constante transformación, un trabajo que no se realiza en soledad, sino que resulta inscripto en la trama de lo colectivo, una construcción de materialidad heterogénea, problematizada en su enlace con el lenguaje y la narración, marcada por la impronta del trauma, dilemática en su estructura, siempre en oposición a la invisibilización de los sufrimientos.

Desde estas premisas se aborda la segunda parte del libro, “El país de la infancia”, que da cuenta de la necesidad y el esfuerzo de la autora en dar la palabra a

quienes eran niños durante las dictaduras en América Latina. Voces de niños, ahora ya adultos, que eligen el arte para ofrecerse a sí mismos un camino elaborativo, para “revertir el signo de la marca”, como lo escribe Mariana Eva Pérez (citada por Arfuch), y para entregarnos una mirada política sobre las vivencias traumáticas que quedaron grabadas por el miedo, el exilio, el silencio, la militancia, la desaparición, la muerte de los padres. Lo autobiográfico en la heterogeneidad de estas infancias en dictadura aparece en el corpus de la autora a través de expresiones literarias (Alcoba, Pérez, Robles, Urondo Raboy, Gerber-Bicceci) y a través de imágenes en sus múltiples formatos (Roqué, Ávila, Markovitch, Carri, Prividera, Quieto, Germano, Aguiló, Croatto). Experiencias que se ponen en diálogo entre sí y configuran una escritura coral que revela, quizás, el surgir de una emoción nueva, este nuevo “tiempo de los hijos”, escribe Arfuch, que muestra que “nunca habrá un fin de los relatos”.

En la tercera parte, “De la vida en el arte”, Arfuch analiza la relación entre memoria, trauma, arte y subjetividad, tal como aparece plasmada en las obras de las artistas y los artistas: Carri, Salcedo, Gallardo, González, Boltanski, Steinwasser, entre otros; obras reunidas por su poder de interpelación y por atisbar –algunas de ellas– la memoria inscripta en nuestros objetos cotidianos para reconocerlos como soporte de una narración.

Son estas las perspectivas comprometidas que habilitan a la autora a interrogarse acerca de los futuros de la memoria en el Epílogo de este libro. “Futuros”, en plural, porque será en un tiempo continuo, en un fluir de múltiples voces que enuncian y denuncian, y en esa hospitalidad de la escucha que Derrida y Lévinas nos enseñaron a comprender, donde habitará probablemente la perseverancia de la memoria. 